opusdei.org

Eugenio Giménez: La tenacidad para hacer el bien

El reconocido escritor español José Luis de Olaizola ganador de numerosos premios literarios y autor de más de ochenta libros conoció muy de cerca al Padre Eugenio Giménez quien falleció en Piura el 5 de agosto.

06/08/2019

En su último libro “Retazos de una vida literaria” (Editorial Palabra,

2019) le dedica buena parte de un capítulo al Padre Eugenio Giménez, quien en base a una amistad sincera y amable lo ayudó a ser un buen cristiano. En el siguiente texto cuenta como conoció a quien le ayudó a descubrir su vocación al Opus Dei.

“Mi hermano Bibiano fue quien me presentó a Eugenio Giménez, creo que en el año 1959. Yo era el pequeño de nueve hermanos, y Bibiano era de los de en medio. Mi madre falleció cuando yo tenía un año y la familia quedó un tanto desarbolada y éramos poco creyentes, por no decir nada. Por ejemplo, mi padre no asistió a mi Primera Comunión.

A Bibiano le tocó participar en tres guerras y perdió las tres. Cuando cumplió los dieciocho años, hubo una guerra civil en España, que fue de 1936 a 1939, y le tocó formar parte de un batallón comunista, que fue derrotado por otros militares del

mismo bando rojo. Luego a ese bando rojo lo derrotaron los ejércitos de Franco, segunda guerra que perdió, y no le quedó más remedio que irse a Rusia, formando parte de una denominada División Azul, a luchar con los alemanes contra los rusos, y fue la tercera guerra que perdió. Pero esta última con graves consecuencias: fue designado una noche para dar un golpe de mano contra un nido de ametralladoras, en el lago Ilme, en un invierno de 20 grados bajo cero, y una granada le destrozó la pierna. Se dio cuenta de que se iba a morir y decidió rezar el Señor Mío Jesucristo, pero no se lo sabía. No lo había vuelto a rezar desde que salió del colegio. Lo intentó con el Yo pecador, con el mismo resultado: no se lo sabía. Pensó que iba a morir como un perro, y prefirió que fuera cuanto antes, por eso, a los camaradas que fueron en su ayuda les pidió que le

pegaran un tiro. No podía soportar el dolor de las heridas.

Afortunadamente no le hicieron caso, le amputaron una pierna, volvió a España, se hizo médico, y al poco conoció el Opus Dei y aquel descreído pidió la admisión como supernumerario, y comenzó a santificar su vida. Con la ayuda de Eugenio Giménez, que todavía no era sacerdote. Llegó a ser subdirector de uno de los principales hospitales de España, salvó la vida de cientos de personas, algunos no solo física, sino espiritualmente.

Y comenzó a preocuparse de su hermano pequeño, es decir, de mí, que andaba bastante despistado, y con un pasado penoso. Había sido un pésimo estudiante, dedicado al deporte, y gracias a una mujer que se cruzó en mi camino, Marisa, logré terminar la carrera de Derecho y

comenzar a ganarme la vida como abogado.

Como digo Bibiano me presentó a Eugenio Giménez, ingeniero industrial a la sazón, que con enorme paciencia logró dar un vuelco a mi vida. Le llevó más de dos años. Me hablaba del Opus Dei, que al principio me sonaba a chino. Luego me parecía una cosa interesante, pero que poco tenía que ver conmigo. Me parecía muy bien lo de la santidad, pero para otros. Se molestaba en que fuera a cursos de retiros de los que salía un poco mejor, pero con una mejoría transitoria. Conocí a otros miembros de la Obra, que me caían bien, y luego me enteré que uno de ellos, que había hecho conmigo las Milicias Universitarias, le dijo a Eugenio, lo que era evidente: “No te molestes, José Luis no tiene vocación a la Obra”.

Eugenio no hizo caso de tan prudente advertencia, siguió insistiendo, y consiguió que despertara en mí la vocación al Opus Dei, en la que persevero desde hace más de cincuenta años.

Yo que me movía en el mundo de la abogacía, rodeado de buenos oradores, no recuerdo que Eugenio lo fuera, más bien se expresaba morosamente, pero con tal dosis de amor de Dios que suplía cualquier otra deficiencia. Y con una virtud admirable: la tenacidad para hacer el bien.

Gracias a esa tenacidad de Eugenio entré a formar parte de la Obra, y me siguieron mi mujer, mi hermana, una sobrina, como numeraria, dos de los pasantes de mi bufete de abogados, y un buen número de amigos míos, y todavía muchas más amigas de mi mujer.

En los últimos años de su vida, presa del Alzheimer, Eugenio los vivió con la cabeza perdida, quizá ni se acordaba de Dios, pero Dios siempre se acordaba de él y del enorme bien que hizo en vida. ¿Cuántos, como yo, se han beneficiado de la indudable santidad de Eugenio Giménez?

Difícil de olvidar a aquel joven ingeniero industrial, que apostó por la santidad de quien daba muy pocas muestras de querer ser santo.

---

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-pe/article/eugenio-gimenez-la-tenacidad-para-hacer-el-bien/ (12/12/2025)